

Los siete pecados capitales de la ciencia económica

Joaquín Guzmán Cuevas
Catedrático de Economía Aplicada Universidad de Sevilla

No hace mucho tiempo asistí a una conferencia veraniega de un filósofo que trataba sobre la problemática social de los pueblos que viven en los países subdesarrollados. Después de reflejar crudamente, y según su propia experiencia, las condiciones de vida en algunos países africanos y latinoamericanos, el conferenciante llegó a afirmar con la mayor solemnidad de la que era capaz: "la Economía es la ciencia más fracasada que conozco". Entre la escasa audiencia -desgraciadamente estos temas no suelen despertar excesiva expectación- probablemente fuera yo de los pocos, por no decir el único, economistas presentes en la sala; y probablemente fuera yo también uno de los que más, si no el que más, sintió el impacto de la contundente sentencia del conferenciante.

Contrariamente a lo que en un principio se podría creer, este impacto personal no estaba relacionado con una posible y comprensible dosis de vanidad derivada de mi profesión. Todo economista que se precie, sabe muy bien que el filósofo conferenciante tenía toda la razón y por tanto, en ese sentido, no me decía nada nuevo. No obstante, lo que más me llamó la atención es que el fracaso de nuestra ciencia lo señalara una persona ajena a nuestro ámbito de estudio y que, debido a su propia experiencia, hiciera responsable a la Ciencia Económica de su incapacidad para mejorar o al menos aliviar las tremendas injusticias y calamidades que perfilan la existencia de muchos millones de personas que viven o malviven en el planeta. Además de una pública denuncia, la sentencia del conferenciante tenía en su trasfondo una manifestación de reclamo hacia la profesión de economista. En mi condición de tal, me vine a sentir como si la sociedad reclamara: "¿por qué no hacéis algo más para abolir la miseria material de buena parte de la humanidad?"

Sin duda, esta cuestión representa, o debería representar, un enorme reto a cualquier economista. Sin embargo, rara vez el profesional de la economía o incluso cualquier estudiante de la materia se ha planteado en alguna ocasión algo similar. Y es que, en mi opinión, la Ciencia Económica, desde que empieza a enseñarse en la universidad y últimamente desde los primeros planteamientos básicos en algunas asignaturas del bachillerato, adolece de una serie de vicios originales que desvirtúan en gran medida la auténtica esencia de una rama del conocimiento científico que podría contribuir mucho más al bienestar de los seres humanos, especialmente en pleno siglo XXI, cuando la Medicina, la Informática, la Ingeniería, la Biología, la Sociología y otras muchas especialidades científicas están cumpliendo su papel y, por tanto, aportando su granito de arena para que la humanidad incremente poco a poco sus niveles de progreso y bienestar. Ante todo este panorama descorazonador para todo el que se sienta economista, ¿qué hace nuestra ciencia al respecto? Como quiera que en muchas ocasiones he conversado sobre estos temas con mi antiguo profesor, después compañero y siempre

amigo, Antonio Rallo, a él le quiero dedicar estas breves reflexiones. En las líneas que siguen se van a sintetizar de modo esquemático, lo que podríamos denominar *los siete pecados capitales* de la Economía como ciencia que, al contrario de otras, hacen que su contribución al bienestar general, y no tanto al particular de una minoría, sea en la actualidad extraordinariamente limitado. Aunque la naturaleza de cada uno de estos *pecados está*, en mayor o menor medida, interrelacionada con la del resto, se aborda de forma separada en aras a una mayor claridad expositiva.

1. Una ciencia elaborada por y para los ricos.

Frente al indudable progreso de estas ciencias en los últimos tiempos, no solamente nuestro filósofo sino una creciente parte de nuestra sociedad, comienza a cuestionar, al menos subrepticamente, el papel que desempeña la Ciencia Económica en la actualidad. No sólo el filósofo, sino también el hombre de la calle, observa que en la misma época en que se fabrican excelentes coches, extraordinarios ordenadores y se logran avances quirúrgicos y farmacéuticos que eran impensables hace apenas una década, los niveles de paro no bajan sustancialmente, los empleos, cuando se consiguen, no son fijos, las pensiones futuras no están garantizadas, la adquisición de vivienda se ha convertido en un extraordinario problema para las parejas jóvenes, etc. Todo ello por no hablar del hambre y la miseria que de modo creciente sigue azotando a demasiados millones de personas del Tercer y Cuarto Mundo y de las imágenes de pateras en nuestros telediarios que constituyen solamente una diminuta punta de iceberg de un dramático problema sin perspectiva de solución.

Con cierta frecuencia me gusta comenzar una asignatura correspondiente al último cuatrimestre del último curso de la licenciatura, con una cuestión lanzada al aire: ¿para qué sirve la Economía? Después de varios años haciendo esta pregunta el primer día de clase, ningún alumno se ha atrevido hasta ahora a contestar. Para facilitar la respuesta y también para romper el hielo del primer día, intento explicarme mejor: parece claro para qué sirve un médico, un arquitecto o un abogado... ¿y un economista? Por decepcionante que parezca, debo reconocer que apenas en alguna ocasión he recibido una respuesta aceptable a una pregunta tan elemental, por parte de unos alumnos que están a punto de terminar la carrera.

Contrariamente a lo que pudiera parecer en un principio, la causa de esa decepción no se encuentra en los propios alumnos. Lejos de la incompetencia de ellos, el hecho de que unos cuasi titulados no sepan para qué estudian y cuál es el objeto de su formación se debe fundamentalmente a la propia evolución que la Ciencia Económica *oficial* ha experimentado desde hace muchas décadas, en torno a siglo y medio.

En efecto, desde los tiempos inmediatamente posteriores a Adam Smith, cuando nuestra ciencia se empieza a impartir en las universidades anglosajonas y francesas, se puede decir que la economía comienza a configurarse como una ciencia elaborada "por los ricos y para los ricos". Con alguna excepción especialmente en los años centrales del siglo XX (caso de New Deal y la política económica keynesiana), se puede afirmar que la elaboración de la mayor parte de las teorías económicas han nacido en las universidades *de élite* -pertenecientes a los círculos sociales más ricos de los países ricos- y se han proyectado sobre las condiciones de vida de esos mismos círculos de riqueza. De tal modo que en la

época actual, la mayor parte de los textos de la economía ortodoxa apenas hacen alusión a la problemática de los más desfavorecidos y, cuando lo hacen, se plantea como una variable *exógena* al correspondiente modelo económico y con una cierta dosis de "compasión", pero no como el objeto principal de la Economía como ciencia. Es como si en las facultades de Medicina los enfermos no fueran el objetivo central de la investigación.

No es de extrañar, por consiguiente, que la prensa económica especializada o las secciones de economía en los periódicos ordinarios o en los telediarios sólo ofrezcan las novedades relativas a la Bolsa, los tipos de interés o las fusiones bancarias, a pesar de que estas y otras noticias similares sólo vienen a afectar y a interesar a menos de un tercio de la población mundial. Lógicamente, esta proyección de la Economía ortodoxa sobre las capas privilegiadas de la población a nivel planetario, no está explicitada como tal en los libros de texto, ni probablemente los estudiantes de cualquier facultad de Economía hayan tenido la oportunidad de reflexionar sobre esta distorsión científica, por lo que no es del todo sorprendente que no se hayan parado nunca a pensar cuál es el verdadero objeto de nuestra ciencia.

En su principal obra "Principios de Economía", el gran Alfred Marshall venía a señalar que el objetivo esencial de la Ciencia Económica consistía en incrementar el bienestar material de la humanidad y lo decía en 1890 con estas palabras: "la Economía es el estudio de la humanidad en los asuntos ordinarios de la vida; y analiza la parte de la acción individual y social que está más conectada con el logro y el uso de los requisitos materiales del bienestar". Sin embargo, pese a que Marshall, catedrático en la Universidad de Cambridge, hace alusión a la humanidad, sus contribuciones teóricas no tomaban en consideración aquella parte de la misma que vivía en la miseria material más extrema, probablemente porque la realidad económica que observaba Marshall, y los economistas anteriores a él, se limitaba a Inglaterra y su área de influencia económica y política.

Anteriormente a Marshall, la *mainstream* del pensamiento económico encarnado en el utilitarismo de Bentham y J. Stuart Mill, tomaron el mercado como pilar fundamental de la arquitectura teórica económica, con lo que las desigualdades sociales se constituían en una norma general que la Ciencia Económica no era capaz de combatir. Este fenómeno era captado incluso por intelectuales de la época que nada tenían que ver con el cientismo económico. Tal es el caso, por ejemplo, de Víctor Hugo cuando en 1862, en su obra Los Miserables, escribe con crudeza: "Inglaterra produce admirablemente la riqueza, pero la distribuye mal; y esta solución, que sólo es completa por un lado, la lleva fatalmente a estos dos extremos: opulencia monstruosa, miseria monstruosa; todos los goces para algunos, todas las privaciones para los demás, es decir, para el pueblo".

Situados en nuestro tiempo, en un artículo de finales de 2002, el flamante Premio Príncipe de Asturias, Paul Krugman, realiza un análisis de cómo las desigualdades de renta se están acentuando en los Estados Unidos y en otros países occidentales desde la década de los setenta del siglo pasado. Según sus palabras, estamos volviendo a "la realeza del antiguo régimen", es decir, a una plutocracia en el que las crecientes fortunas de unos pocos compran voluntades, financian campañas electorales y terminan por imponer sus intereses particulares en las políticas impositivas y en las grandes decisiones

gubernamentales de carácter económico e incluso político. No obstante, lo que no señala Krugman es que las crecientes desigualdades no sólo se fundamentan en la plutocracia norteamericana sino que encuentra sus raíces en una Ciencia Económica que, al igual que en el siglo XIX, se sigue elaborando principalmente en las universidades "de prestigio" –con frecuencia financiadas con capital privado de grandes compañías- y que se olvida en gran medida de los sectores menos favorecidos. En definitiva, siglo y medio después, seguimos bajo el esquema de una Economía elaborada "por los ricos y para los ricos".

2. Negación del carácter social de la Economía.

Los discípulos directos de Adam Smith, especialmente los ingleses Ricardo y Malthus, y el francés J. B. Say, tuvieron especial interés en convertir la Economía en una ciencia de primer rango, es decir similar a las ciencias naturales o experimentales como la Física o la Medicina. Naturalmente, en el siglo XIX, todavía estaban frescas las aportaciones de figuras científicas como, por ejemplo, Isaac Newton y la nueva Ciencia Económica no debía ser menos.

Es por ello, que a la entonces Economía Política -así se le denominaba a nuestra ciencia- había que despojarla de todo componente que pudiera restarle rigor y objetividad. Por tanto, como en el caso de la Física y otras ciencias naturales, era necesario buscar leyes de comportamiento económico de carácter autorregulado, estable, permanente y de validez universal.

Las contribuciones de utilitaristas, marginalistas y otras escuelas relevantes del pensamiento económico se situaban en estas coordenadas, sin tomar en consideración que la Economía, a diferencia de la Física, no era una ciencia natural, sino de carácter eminentemente social. La diferencia esencial entre las ciencias naturales y las sociales estriba en que el ser humano, en éstas últimas, está presente en el objeto investigado, mientras que en las ciencias naturales el objeto de investigación se materializa en cosas o seres vivos no humanos. Lógicamente, el hacer abstracción de esta realidad conlleva un riesgo de distorsión científica muy elevado y ello es lo que le ha ocurrido y lamentablemente le sigue ocurriendo a la Ciencia Económica.

Ya hemos señalado la concepción de Ciencia Económica que ofreció a finales del siglo XIX A. Marshall, donde se resalta claramente el carácter social; sin embargo, varias décadas más tarde, en 1932, otro catedrático de la élite universitaria inglesa -la London School Of Economics- y también director del influyente periódico económico Financial Times, propuso una definición de Economía que ha sumido en el error a la mayor parte de las generaciones de economistas de todo el mundo. En efecto, lo que le ha llegado, y desgraciadamente le sigue llegando a la inmensa mayoría de estudiantes en España y fuera de España, es que, como decía Lionel Robbins "la Economía es la ciencia que estudia la conducta humana como relación entre fines y medios escasos aplicables a usos alternativos".

Como se desprende de esta definición, que ha llegado a ser universal, nuestra ciencia se dedica al estudio de la conducta humana, pero solamente en lo que se refiere a la *relación* entre unos fines y unos medios escasos. Es decir, se limita el papel de la Economía a una función eminentemente "técnica", con lo que, al margen de lo que supone hacer abstracción de los fines sociales, se hacía posible eliminar los

juicios de valor, reduciendo por consiguiente, todo lo económico a un procedimiento técnico susceptible de calcular y cuantificar y, por tanto, asimilable al cientismo propio de las ciencias naturales.

La idea de pretender despojar a la economía de los juicios de valor parece ser que ha constituido un caso único entre las ciencias sociales, puesto que ni en el Derecho ni en la Historia ni en la Antropología ni en cualquier otra especialidad científica de carácter social se ha puesto tanto énfasis metodológico en intentar lo imposible: "naturalizar" lo social. Los análisis jurídicos de una ley del divorcio en un país europeo pueden ser muy diferentes a los de un país del sur de Asia, de África o de la Polinesia. Como es lógico se tienen en cuenta los factores culturales y la heterogeneidad de los componentes históricos, políticos, etc. Sin embargo, estos factores de subjetividad no hacen que la Ciencia Jurídica sea menos ciencia que la Física o la Química.

Probablemente, hace muchos años los economistas intentaron naturalizar la Economía por un cierto complejo de inferioridad o sencillamente por error. No obstante, en pleno siglo XXI, debería estar suficientemente claro que "la naturaleza desprecia a los débiles y enfermos, como muy bien saben los zoólogos" (Marina y Válgoma 2000), por lo que más que un problema de complejo o de error, parece que en la actualidad existe un problema de egoísmo interesado por parte de los teóricos del pensamiento económico dominante. Como bien señala Schackle, la teoría neoclásica no es sino un intento de otorgar a los precios y a los beneficios, que son hechos sociales, un estatuto equivalente al de los fenómenos naturales (Schackle, 1982). Todo ello no tendría excesiva importancia si no fuera porque la aberración en la Ciencia Económica puede alcanzar niveles inusitados, puesto que, en definitiva, "detrás de todo intento de naturalización de las ciencias sociales aparece un intento de desocializar al hombre" (Sapir 2004).

3. Confusionismo entre fines y medios.

El célebre economista Paul Samuelson, en su muy extendido manual, compara nuestra ciencia con una agencia de viajes. El objeto de la agencia es organizar los trayectos más cómodos y menos costosos, reservar hoteles, etc., pero el cliente es el que decide dónde ir. En este clarificador ejemplo, Samuelson no hace más que apoyarse en la concepción de Robbins, es decir, reducir el papel de la Ciencia Económica a una técnica de cálculo ante unos fines que le vienen dados.

Al margen de lo ya señalado anteriormente acerca de lo que supone esa concepción de nuestra ciencia en cuanto a despojarla de todo componente social, este reduccionismo a lo meramente técnico conlleva para la Economía un altísimo riesgo de confundir los medios con los fines que en los últimos tiempos se está materializando tanto en el plano teórico como en el práctico.

Lógicamente, la Ciencia Económica tiene por delante enormes retos de cuantificación de fenómenos sociales que son necesarios para buscar soluciones y por consiguiente aumentar el bienestar material de la sociedad. El cálculo del coste social del tabaco o de la financiación de las pensiones alemanas en el año 2025 pueden ser ejemplos ilustrativos, entre otros muchos, en este sentido. De ahí el gran desarrollo necesario que ha adquirido la parcela cuántica de la Economía (Estadística, Matemáticas,

Econometría, Contabilidad, etc.). No obstante, en muchas ocasiones, quizás en demasiadas, el enorme desarrollo del instrumental calculador ha hecho perder de vista el verdadero sentido de la Ciencia Económica. Como señala Schumacher, "el problema de valorar los medios por encima de los fines (lo cual como afirmaba Keynes, es la actitud de la economía moderna) es que destruye la libertad del hombre y el poder de elegir los fines que realmente le atraen; el desarrollo de los medios parece que dicta la elección de los fines" (Schumacher 1994).

Obviamente se entiende que en algunas ocasiones el economista se deba de limitar al cálculo de unos medios para alcanzar unos fines que le vienen dados. Ello es procedente especialmente cuando, al igual que en cualquier otra profesión, se trabaja, por ejemplo, por encargo, pero cercenar por completo y por sistema la posibilidad del economista de participar en la elección de fines concretos o generales propios de su función, especialmente en el ámbito de la elaboración teórica, no es más que convertir al economista en *economidsta*.

4. Colonialismo científicista

Al igual que el avance tecnológico posee sus motores impulsores (los centros I+D) en los países más desarrollados, especialmente en EE. UU., y el resto de los países casi se limitan a importar esos avances, en estos tiempos de globalización está ocurriendo algo parecido con la economía, no sólo en lo que se refiere a comportamientos de consumo y técnicas de producción y gestión, sino también en la asimilación, sin más, de las teorías que se elaboran en las universidades "de prestigio", especialmente norteamericanas.

En el campo de las ciencias experimentales, fundamentalmente en el ámbito tecnológico, es natural que se "exporten" las teorías y las nuevas técnicas diseñadas en los centros de investigación que gozan de mayor dotación material. Desde este punto de vista, está justificado que las universidades y los centros de investigación europeos y del resto del mundo se inspiren en gran medida en los nuevos planteamientos científicos desarrollados en las universidades norteamericanas. Sin embargo, esto no debería ser necesariamente el caso de la investigación científica en las ciencias sociales y especialmente en la Economía, puesto que en este tipo de conocimiento no existen las verdades absolutas y universales. El componente social, es decir, el contexto cultural, las condiciones históricas y geográficas, los factores sociopolíticos, etc., son fundamentales para el desarrollo de las investigaciones económicas.

Al igual que en el siglo XIX, los vértices hegemónicos del pensamiento económico siguen irradiando una extraordinaria influencia en la forma de pensar de los economistas del resto del mundo. Sólo ha cambiado la geografía de esos vértices, que han seguido el mismo camino que los de los cambios del poder político económico y militar: de Inglaterra a Estados Unidos. Y es que el mantenimiento de la hegemonía en el concierto internacional necesita de un entramado económico y, por tanto, de una filosofía, de unas ideas que los sostenga. Como muy acertadamente decía Keynes, "las ideas, justas o falsas de los filósofos de la economía y de la política tienen más importancia de lo que en general se piensa. A decir verdad, ellas dirigen casi exclusivamente el mundo". Los métodos para perpetuar esa

hegemonía de la ortodoxia económica son muy sofisticados, pero en general adquiere una gran relevancia el mecanismo intelectual-académico que describió con gran nitidez el Premio Nobel Gunnar Myrdal hace ya bastantes años: "aquellos que se adhieren al cuerpo dominante forman la ortodoxia; sus obras tienen prestigio, se citan mutuamente y, en general, no mencionan a nadie que no forme parte de este grupo y menos a los rebeldes, cuando se da el caso de que algún economista se atreve a poner en tela de juicio los métodos y teorías que tienen en común los economistas ortodoxos" (Myrdal 1980).

Esto lo señalaba Myrdal hace más de dos décadas, pero en la actualidad, este proceso empobrecedor de la Ciencia Económica se ha incluso reforzado a través de dos vías. De una parte, a través de un poderoso capital relacional que actúa, como señala Bourdieu, no como "un encadenamiento de argumentaciones, sino más bien como una cadena de autoridades, que va del matemático al banquero, del banquero al filósofo-periodista, y del ensayista al periodista. Es también un canal por el que circula dinero y todo tipo de prebendas económicas y sociales, desde las invitaciones personales hasta el prestigio personal" (Bourdieu 2003).

De otra parte, el mecanismo adquiere mayor vigor si cabe, por la propia valoración académica de las investigaciones económicas. Como cualquier profesor universitario sabe, en toda Europa se ha impuesto el principio norteamericano de "publicas o morirás"; pero no todas las publicaciones tienen el mismo valor, no por su contenido, sino por su continente, es decir por la revista que da acogida al trabajo en cuestión. Curiosamente, en Economía, se valoran más, con gran diferencia, las revistas norteamericanas, con lo cual el investigador no ortodoxo se choca sin remedio con las condiciones señaladas por Myrdal. Naturalmente, este proceso debe contar con el colaboracionismo, un tanto provinciano, de los prebostes de la ortodoxia económica en las universidades autoconsideradas periféricas, lo que suele ocurrir sin grandes dificultades al menos hasta ahora. Con ello se cierra un círculo que es muy difícil de romper y que constituye un factor más para explicar la incapacidad de la Ciencia Económica para hacer frente a sus auténticos objetivos.

5. Excesivo autismo intelectual

En todos los ámbitos científicos existen doctrinas y corrientes de pensamiento que cada investigador asume en mayor o menor medida según se sienta más o menos identificado con los correspondientes principios. No obstante, una de las funciones esenciales del científico es la autocrítica, es decir cuestionar su propia arquitectura teórica y, en definitiva, buscar la verdad por encima de todo. Sin embargo, en la Ciencia Económica no siempre ha ocurrido esto y no han sido ni son infrecuentes los casos en que economistas, incluso de prestigio, han defendido a toda costa "su" verdad sin reparar en cuestionar sus propios principios en aras a alcanzar una verdad más sólida.

Como es bien sabido, uno de los objetivos de la planificación centralizada era la repartición igualitaria de la riqueza. Sin embargo, como la historia ha demostrado, ese sistema económico no ha funcionado, entre otras razones, por la falta de motivación productiva que puede generar entre los agentes económicos. Lo curioso es que este hecho, que en la actualidad se entiende con meridiana

claridad ya lo señalaba a mediados del siglo XIX un intelectual, Víctor Hugo, que no necesitaba ser economista para darse cuenta del fenómeno: "el comunismo y la ley agraria creen resolver el problema de la repartición de la riqueza. Se engañan, su repartición mata la producción...es una repartición hecha por el carnicero, que mata lo que divide. Es, pues, imposible detenerse en falsas soluciones: matar la riqueza no es repartirla".

En los tiempos actuales, es mucho más frecuente encontrar teorías que defienden a toda costa el liberalismo económico (*free trade faith*) basándose en unos principios de libertad humana que, a primera vista pueden parecer perfectamente admisibles pero que, si se profundiza algo, no siempre son correctos. Si se afirma, por ejemplo, "los pobres pueden comer pero no pueden hacerlo porque no tienen dinero"; el primer "pueden" significa que tienen libertad para comer, no lo tienen prohibido. Es ahí donde pone el énfasis la teoría ortodoxa liberal, pero no en el segundo "pueden" que manifiesta la incapacidad de hecho para comer.

Todo ello viene a reflejar el excesivo autismo intelectual que suele imperar en las investigaciones económicas y que en muchos casos se convierte en verdadero sectarismo interesado que, paradójicamente, en poco se parece a las ciencias naturales con las que tanta pretensión de similitud ha existido y sigue existiendo.

6. Falta de realismo.

Consecuencia, en gran medida, de esa pretensión de utilizar los mismos enfoques metodológicos de las ciencias experimentales, la Economía se ha visto obligada, desde su desarrollo en la época posterior a Adam Smith, a realizar un esfuerzo de racionalización cuantitativa que, lógicamente, le ha hecho incurrir en un reduccionismo simplista que le aleja sustancialmente de la realidad social a la que debe servir.

Como es bien sabido, toda la arquitectura de la teoría económica se fundamenta en la figura del mercado, el cual se regula automáticamente por la *smithiana* "mano invisible". Curiosamente, Adam Smith tan sólo cita en una ocasión esta expresión en *La Riquezas de las Naciones* y sin embargo, los economistas posteriores han sacralizado la expresión para erigir la figura del mercado en el centro de todo el pensamiento económico.

Aparte del darwinismo social que supone todo protagonismo excesivo del mercado, ello también conlleva un alejamiento de la realidad social, porque ésta, por definición, es diversa y heterogénea. El mercado viene a representar en el fondo, un determinismo sociológico que resulta en gran medida ficticio, pues ni la macroeconomía ni la microeconomía pueden reflejar con precisión los procesos cognitivos de los individuos (de ahí los constantes fracasos en las previsiones económicas) y, por tanto, la frecuente necesidad de recurrir a las hipótesis *ad hoc* (por ejemplo, la cláusula *ceteris paribus*). Todo ello no quiere decir ni mucho menos que el realismo se oponga a la abstracción, sino más bien al axiomaticismo sin principios, a procesos metodológicos carentes de fundamentos suficientemente contrastados.

En última instancia, la falta de realismo de la Ciencia Económica puede derivar, como suele ocurrir en el campo de las ciencias naturales, de la búsqueda de soluciones óptimas, que en muchas ocasiones toman, en nuestro caso, la forma de equilibrios definitivos o permanentes. Es como si en el campo de lo jurídico se pretendiese elaborar una ley del aborto universalmente aceptada y válida para siempre, como si la conciencia de los seres humanos fuera única e inamovible. En el ámbito de las ciencias sociales y por tanto en la Economía, más que la búsqueda de óptimos al estilo de Pareto, parece más razonable el enfoque de lo que J. Sapir llama "constructivismo crítico", el cual no se propone la creación de un marco de acción óptimo, sino un marco de acción que permita un proceso permanente de mejora y de corrección (Sapir, 2004).

7. Olvido de las raíces éticas.

Como acertadamente señala Amartya Sen, uno de los orígenes de la Ciencia Económica radica en los enfoques éticos de la filosofía de Aristóteles, más de 300 años a. de C. Sin embargo, después de la muerte de A. Smith, se puso en marcha un mecanismo de paulatina separación entre lo ético y lo económico hasta desembocar en el divorcio total propio de los tiempos actuales. Probablemente ahí esté el origen de muchos de los vicios que aquejan ahora a la Ciencia Económica; como afirma Schumacher, "estamos sufriendo de una enfermedad metafísica y la cura debe ser metafísica". Debemos por tanto, ir más allá de lo meramente objetivo y/o material para ir encontrando soluciones a los problemas económicos de hoy; y ello supone acudir más a las reflexiones filosóficas, lo que, como economistas, viene a significar, en gran medida, recuperar el origen ético de nuestra ciencia. Cuando se habla de ética en Economía, no necesariamente se está hablando de algo relacionado con lo religioso ni siquiera de algo que tenga que ver con el altruismo o la solidaridad. Eso sería mero voluntarismo o como dicen algunos tecnócratas económicos, *wishful thinking*. "Ethos" viene a significar costumbre, manera de ser..., es decir, tiene relación con los valores asentados en la sociedad y, en última instancia, lo que persigue la ética en nuestra ciencia es armonizar el bien particular con el bien general, lo que se traduce en una idea de búsqueda de justicia social.

Un aspecto de esa justicia social es, por ejemplo, la idea de equidad -que no necesariamente de igualdad- en el sistema económico, que muchos economistas contraponen a la idea de eficiencia. Sin embargo, esta contraposición no tiene por qué ser tal. Como señala Amartya Sen, "atender al aspecto de equidad puede, en muchas circunstancias, ayudar a promover la eficiencia, en vez de obstaculizarla, pues puede ser que la conducta de las personas dependa de su sentido de lo que es justo y de su lectura acerca de si el comportamiento de los demás lo es" (Sen, 2000). Ya lo decía Montesquieu en su *Espíritu de las Leyes*: "nos fiamos de un hombre honrado como nos fiamos de un banquero rico". Lo que ocurre, es que el pensamiento económico ortodoxo ha impuesto como paradigma, como "ethos" universal, la idea de competencia agresiva en detrimento de la cooperación, lo cual no encaja en rigor con la conciencia de la mayor parte de los seres humanos, aunque poco a poco esté incidiendo poderosamente en ella.

La economía de mercado, antes y después de convertirse en capitalismo en el siglo XVIII, tenía un fundamento no económico. Se ha fundamentado siempre en unos derechos y obligaciones que lógicamente han tenido, a su vez, una base consuetudinaria. He ahí la importancia clave de la costumbre, del "ethos" en la vida económica. A lo que estamos asistiendo en los últimos tiempos es a una progresiva sustitución de esas costumbres sociales nacidas desde abajo, por un paradigma competitivo impuesto desde arriba por el pensamiento dominante a través no sólo de las sofisticadas técnicas del marketing de masas, sino también a través del colonialismo intelectual vigente en la elaboración y la enseñanza de la Ciencia Económica.

A tenor de todo lo anterior, pienso que los que nos sentimos profesores de Economía, venimos a asumir una dosis de responsabilidad nada despreciable: seguir alimentando los vicios y fracasos de nuestra ciencia o, por el contrario, empezar a contribuir en alguna medida a un cambio profundo en el pensamiento económico. Bien es cierto que ello puede parecer utópico, pero no es menos cierto que, como suele decir mi amigo Antonio Rallo, la utopía es el camino para conseguir lo imposible. La historia lo ha demostrado en innumerables ocasiones.

Referencias bibliográficas

- Bourdieu, P. (1999): *Contrafuegos*, Anagrama, Barcelona.
- Fontela, E. y Guzmán, J. (2003): *Economía Ética v Bienestar Social*, Pirámide, Madrid.
- Guzmán, J. (2004): "La importancia de la ética en la Economía" en Calvo, A. (Coord.): *Economía Mundial v Globalización*, Minerva, Madrid.
- Krugman, P. (2002): "EE.UU.: todo para los ricos", *Nueva Economía*, 3-Noviembre.
- Krugman, P. (2004): *El gran engaño*, Crítica, Barcelona.
- Myrdal, G. (1980): *Contra la Corriente*, Ariel, Barcelona.
- Marina, J. A. y Válgoma, M. (2001): *La lucha por la dignidad*, Anagrama, Barcelona.
- Marina, J. A. (2003): *La creación económica*, Deusto, Bilbao.
- Sapir, 3. (2004): *Economistas contra la democracia*, Ediciones B, Barcelona.
- Schackle, G. (1982): "Means and Meaning in Economic Theory", *Scottish Journal of Political Economy*, vol. 29, nº 3.
- Schumacher, E. F. (1990): *Lo pequeño es hermoso*, Tursen/Hermen Blume, Madrid.
- Sen, A. (2000): *Desarrollo y Libertad*, Planeta, Barcelona.